

Montserrat Cano

LOS VIAJES INÚTILES



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°44—

MADRID • MMXV

De la obra © MONTSERRAT CANO GUITARTE

Del prólogo © JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía de la autora en solapa © ANTONIO MARTÍNEZ CASTAÑO
Ilustración de cubierta: © *Evolving World*. Ollyy (shutterstock)

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Febrero 2015
I.S.B.N: 978-84-943165-2-4
Depósito legal: M-7235-2015
Impreso en *España*.



www.cuadernosdelaberinto.com

Para Antonio, destino de mi viaje.

Para Enrique y Arturo, los únicos viajes provechosos.

PREPARANDO LAS MALETAS POÉTICAS

Viajar. Navegar por las mareas de los recuerdos. Alzarse por encima de las olas imprevistas de un descubrimiento o de las aguas mansas en el instante huidizo del atardecer, de una costumbre evocada, volviendo al ritmo de las lunas, verso a verso. Eternamente. ¿Inútil el viaje? ¿Inútil la vida? ¿Ese vivir más allá del tiempo, mezclando geografías, espacios, monumentos, caminos, sonrisas y algún que otro suspiro?

Viajar para abrir los ojos.

Viajar para cerrarlos con nuevas sensaciones que huelen a mar y a montaña.

Viajar para tener las manos llenas y los cuadernos inundados de palabras y las esquinas redondeadas.

Viajar sabiendo que el final forma parte del viaje, que lo define, que lo vuelve piel y cuerpo.

Porque el viajero sabe de su naturaleza, de las complejidades realidades de otros viajes. Que nunca han de olvidarse. Que nunca hemos de dejar de recordar, como lo hace Montse Cano en sus versos:

El viajero es una figura literaria. Es turista quien tiene adonde regresar. Los que parten sin billete de vuelta se llaman de otros modos: emigrantes, refugiados, mano de obra o nada más que pobres gentes. (Pasaporte)

Viajar para seguir haciendo presentes los recuerdos de otros tiempos, de ese tiempo que nos ha convertido en ese yo que ahora escribo o el que ahora lee. Es el tiempo de una infancia, de una adolescencia, llena de odios («Yo odiaba los recreos») o de envidias («yo envidiaba su minifalda de pata de gallo y el pecho que le apunta ya bajo la blusa»). Envidias de un pasado que anunciaba nuevos tiempos de futuro, o de un presente que añora la frescura, la inocencia de la juventud, como la vista, la deseada en la Isla de Sao Vicente:

En la playa de Calhau solo hay arena y mar y, a su alrededor, piedras y cielo. Y un grupo de adolescentes que se bañan y ríen, sin nada y en la nada, mientras yo los observo con una envidia injusta.

O es también el «yo» que se superpone al sufrimiento, que busca en el paisaje, en la geografía un espacio de alivio, un espacio para compartir, un espacio para olvidar, para que el hoy se convierta en un sentimiento que debe ser olvidado: «Yo me conformaría con que el viento y las olas arrastrasen este dolor de hoy, esta ansiedad que entenebrece los horizontes glaucos» (*San Juan de Gaztelugache*).

O el «yo», ese yo que es testigo de la realidad, de esa realidad que está más allá de los paisajes propicios para los turistas, para las visitas. Un «yo» que no quiere tomar partido pero que no puede dejar de hacerlo ante la injusticia que ve a su alrededor, las muertes que se intentan justificar a base de palabras y de compromisos. Pero la verdad se impone. Todos los muertos duelen igual. Y es cierto que estas palabras no son lo mismo escucharlas en Tel Aviv que en Gaza. «Yo la creo». Pero ese «yo» cree porque la verdad se impone, la cruda realidad de un mundo injusto: el pasado, el presente y el futuro: «Pero esta mañana añade algo más concreto: no todas las lágrimas contienen la misma sal».

Y el «yo» que vive con la ciudad, que la comparte, que se siente no una turista que la descubre sino la compañera que la comprende. Porque comprender la geografía termina siendo una manera de comprenderse a sí mismo. Una ciudad que nos da sentido, que nos devuelve a la realidad, la única posible, la que no está en el viaje si no el volver del viajero, esa meta que termina siendo el punto de partida:

Esta ciudad y yo crecimos juntas, conocemos nuestro mal y nuestro bien, no necesito decirle que la quiero porque sabe que es mi raíz y mi fruto. Es la realidad, si lo real existe. (Madrid II)

Pero este «yo» de Montse Cano que va mezclando geografías, espacios y recuerdos, tiempos de la infancia con los sueños que el tiempo se ha empeñado en convertir en recuerdos, destinos exóticos con espacios cotidianos, es también el yo de la historia, el yo de las lecturas, este yo que nos permite viajar por más que nunca hayamos salido de Madrid, de las calles amadas de Lisboa o de las paredes amables y queridas de nuestra primera habitación de adolescente, primer territorio conquistado a las imposiciones familiares de los hermanos mayores. Un yo que nos permite ver con otros ojos lo que la realidad geográfica nos ofrece. Un yo que permite llenar de decorados lo que es solo horizonte. Un yo que se viste de fiesta cuando se da cuenta de sus pies ocupan el mismo espacio de otros cuerpos históricos... un yo lleno de palabras, de recuerdos de palabras. Una geografía de papel, de recuerdos de papel. «Maratón» puede ser el mejor ejemplo de este viaje de papel, de este viaje que todo lo enriquece:

Pero entonces, el hombre dice: Maratón, Maratón, señalando la playa. Las olas se pintan de color vino oscuro, la llanura se ilumina, Teseo cabalga al frente de un ejército de espuma y mis pies rozan ahora el pasto sagrado de la historia. He llorado en Maratón. Ha bastado una palabra, una palabra sola, para que el tiempo rompa todos mis escudos.

Visiones que en ocasiones terminan por confundir los límites entre la realidad y el deseo, entre la realidad y la ficción. Una realidad de «playas abandonadas donde unas cabras mordisquean al hierba», que se llena de los ruidos gloriosos de una batalla; o las prendas baratas que cuelgan de los canales venecianos, y que se evaporan ante el recuerdo literario que se impone, a «Marco Polo regresando de Oriente y a Alida Valli llorando su pasión con Mahler en el fondo»:

Me siento muy mezquina anteponiendo la literatura a la existencia. O quizá sea un pequeño consuelo.

¿Viajes inútiles? Viajes inútiles.

Viajes que no buscan comprender, y de ahí procede el título en un juego de posibilidades que se difuminan y se diluyen en los últimos versos.

Instantes recuperados, instantes vividos, instantes recordados, e instantes que se mueven en los límites de la memoria. Esa memoria, que como en el poema «La Granada del Penedés», no necesita de grandes momentos para convertirse en poema, en profecía:

Es menos que memoria, apenas visiones de lugares que tal vez nunca fueron: un campo de hierba verde, un montón de botones, una falda negra ante mis ojos. Felicidad era entonces el sol una tarde de enero y el aroma de las magnolias en verano. Nada más. Como una exacta profecía.

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS

Febrero 2015

**Siempre creí
que cuando viese el mundo,
comprendería.**

LA GRANADA DEL PENEDÉS

Es menos que memoria, apenas visiones de lugares que tal vez nunca fueron: un campo de hierba verde, un montón de botones, una falda negra ante mis ojos. Felicidad era entonces el sol una tarde de enero y el aroma de las magnolias en verano. Nada más. Como una exacta profecía.

LA POBLA DE SEGUR I

El colegio estaba en un parque donde crecían los tilos. En invierno, las ramas desnudas trazaban extrañas sombras en la arena. Yo odiaba los recreos. Los niños, que eran grandes y fuertes y mocosos, brincaban, daban gritos, se magullaban los codos, las rodillas... Las niñas sonreían por cosas que yo les envidiaba. Los libros no me deslumbraron pero eran lo único no hostil, no inalcanzable. El primero se llamaba *Promesa*, la maestra lo sacó de un baúl y es todavía el único juramento que no me han incumplido.

LA POBLA DE SEGUR II

Un soldado cayó una noche al embalse. Oí decir que lo sacaron del agua con la boca llena de hierba. Me acostumbré a observar las plantas y a preguntarme cuáles de ellas lo habrían asfixiado. Había juncos, berros, orégano, caléndulas... pero yo siempre pensé en las cañas, altas, verdes, sonoras. Demasiado hermosas para no ser las asesinas.

EN EL TREN

Cuando muchos años después leí *Kim de la India*, supe que había otras personas en el mundo que buscaban su río. El mío, entrevisto, inolvidable, era un destello mercurial brillando entre sombras de arboledas, entre negruras veloces sobre la oscuridad menos negra de la noche. ¡Tantas otras veces he recorrido aquellas vías, a la misma hora, en el mismo tren! He estado siempre atenta pero nunca he vuelto a ver esa corriente. Habrá cambiado de sitio, me imagino. Pero saber que existe me conforta y perseguirla es una buena excusa para seguir viajando.